—Si es preciso decirlo todo, diré que hubiera sabido que estaba en el castillo aun sin verla. Hace un rato que la señorita Juana cantaba teniendo las ventanas abiertas, y es una voz la suya que difícilmente se olvida.

—¡Eso es un verdadero madrigal!—gruñó el vicario entre dientes.—¡No conviene aproximar a pólvora al fuego!...

Cambió de conversación y trató de dar á esta un tono agradable y ligero, pero no lo consiguió.

Lucy estaba aburrida. Harry mal á gusto y la duquesa envuelta en su impasible y melancólica serenidad.

Tan solo la institutriz parecía indiferente á todo lo que pasaba á su alrededor y conservaba su frialdad.

Cuando se levantó de la mesa, el reverendo Kimdale, que observaba atentamente y quería penetrar el misterio del regreso imprevisto de Harry, vió á su discípulo aproximarse á Juana y deslizarla al oido, rápidamente, una frase.

No oyó lo que la decía, pero lo adivinó.

El joven había dicho á la institutriz.

—Es preciso que os hable.

Juana se había contentado con responder secamente.

—Está bien.

X

En el salón, Lucy y su hermano hablaban en voz baja, cuando miss Steward, volviéndose bruscamente hacia la señorita Montaigu, que bordaba en uno de los extremos del salón, la preguntó:

—Vos que sabeis tantas cosas ¿sabreis montar á caballo?

—¿Por qué esa pregunta? — contestó Juana sorprendida.

—¡Por nada! En Escocia hasta la más sencilla aldeana sabe dirigir un *poney* y seguir, si el caso llega, á un ciervo en una cacería. Vosotras las francesas despreciais el noble arte de la equitación y os gusta más pasar el tiempo bordando ó tocando un wals de Métra ó de Strauss, que correr por los campos y respirar el aire puro de la campiña.

—Os equivocais, miss,—replicó Harry.—Esta señorita os oculta por modestia sus talentos; pero monta admirablemente á caballo. Ha recibido excelentes lecciones y yo la he conocido profesores de gran mérito.

Juana se mordió los labios, pero su rostro permaneció impasible.

—¿Y quiénes son esos profesores?—preguntó.

—Los más íntimos y elegantes de los salones de la señora de Rochemaure, que recibe todo lo que hay de más eminente en París; á mi hermano James, al marqués de Riozarés y á uno de los caballeros más renombrados del Jockey, el conde de Mortcerf.

La envidia de Harry se notaba en la ironía de sus palabras, pero la institutriz no pareció fijarse en ella.

—Es verdad—contestó sencillamente,--cuando se decidió mi partida, esos caballeros, preveyendo que tendría en Escocia, en Rusia ó en otra parte, frecuente ocasión de montar á caballo, tuvieron la amabilidad de darme algunas lecciones de ese arte, indispensable en el extranjero; pero no pudieron darme la costumbre que me falta.

—Es preciso probar—dijo la duquesa,—el aire libre os sentará bien y os prestará fuerzas, aunque afortunadamente no teneis gran necesidad de ellas.

—Sí—dijo Lucy,—comenzaremos por un paseo en el cual sir Harry será nuestro caballero, nuestro *patito*; ¿no es así como se dice en Florencia? ¿Quieres?—preguntó en voz baja á su hermano.

Harry la dió las gracias en una mirada.

—¡Toby!—llamó míss Steward.

Un lacayo, derecho como una alabarda, entró en el salón y esperó.

—Que ensillen para esta señorita—dijo Lucy mostrando á la institutriz—el *poney* más dócil, y para mi hermano y para mí un caballo cualquiera, y que los traigan al pie del vestíbulo.

El lacayo desapareció.

—Me daréis la lección de francés bajo los árboles del bosque—replicó miss Steward,—y yo os la pagaré en consejos, si acaso tenéis necesidad de ellos.

—Como gustéis, miss—dijo Juana con indiferencia.

Y salió, á fin de prepararse para aquella partida improvisada, sin dignarse mirar á Harry, que la devoraba con los ojos.

—No será jamás mía—pensó—si no la domino por un esfuerzo violento.

Y se fué á las caballerizas.

Una yegua alazana, de piernas secas y nerviosas y cabeza inteligente, sacudía sus cadenas de acero, mordiendo con frenesí el mármol del pesebre.

—¿*Perla* sigue siendo tan caprichosa?—preguntó á un palafrenero que trataba de calmarla con palabras breves y cariñosas.

—Siempre, milord; siempre violenta y soberbia; pero es una yegua excelente.

—Ensílladla para la parisiense, para esa señorita Montaigu, que se atreve á montar á caballo.

El palafrenero miró con sorpresa á su amo.

BIBLIOTECA UNIVERSITARIA "ALFONSO REYES" Apdo. 1625 MONTERREY, MEXICO

Aquella mirada significaba: «¿Por qué la queréis tan mal á esa señorita?» Pero el respeto le impedía decírselo tal como lo pensaba. Se calló, pues, y se dispuso á limpiar á la yegua, que relinchaba ruidosamente.

—Yo llevaré á *Cyclope*—prosiguió Harry. —Es un viejo amigo. Para mí hermana ya conoceréis sus preferencias.

—Su yegua está dispuesta, milord. Tom acaba de ponerla la brida.

Cinco minutos después, los tres magníficos caballos estaban al pie de la escalera del vestíbulo, tenidos por los palafreneros, escarbando con impaciencia la arena.

Perla se distinguía de los otros por una especie de agitación febril.

Cyclope estaba casi inmóvil. Se hubiera podido fotografiarle, sin perder ni una de sus líneas, ni un solo pelo de su crín.

Harry, con el latiguillo en la mano y el cigarro en la boca, se paseaba pálido y preocupado, esperando á las dos jóvenes.

Lucy fué la primera que se presentó.

Saltó con ligereza sobre la silla, arregló los pliegues de su negra amazona, aseguró el sombrero sobre sus cabellos, y notando que *Perla* lanzaba al aire la arena:

—¿Vas á montar tú esa yegua?—preguntó á su hermano.

—No; es para la institutriz.

—¿Y has sido tú quien la ha elegido?

—Sí.

—Entonces quieres matar á esa pobre señorita—replicó Lucy fijando sus acerados ojos en los de Harry.

—¿Por qué?

—Porque si *Perla* es peligrosa para el más excelente jinete, tiene que serlo con muchísima más razón para una novicia.

—¡Te bromeas! Te aseguro que no se quedará atras de *Cyclope* ni un pie inglés; además, la señorita Montaigu ha montado en caballos más temibles. Te fias de su candor y de sus modales, pero se burla de tí. Monta á caballo como Pratt ó Greinthau, y de seguro podría darte ventaja en una carrera. Puedes estar, pues, tranquila.

Lucy se encogió de hombros.

—Allá tú—le dijo;—yo cumplo con advertírtelo.

Juana se presentó en aquel momento.

Iba vestida de larga amazona carmelita, que dibujaba hasta en sus menores detalles su admirable busto. Llevaba un sombrero á la Rembrandt, del mismo color, sobre su magnífico pelo, que había dispuesto en trenzas. Con una de sus enguantadas manos, llevaba recogida la cola de la amazona, y en la otra un precioso latiguillo con puño de oro.

—Tenéis un hermoso látigo, señorita—dijo

Harry con sonrisa burlona.—¿No es el que os regaló mi hermano James?

La joven enrojeció ligeramente. Sin responder examinó con rápida mirada la cabalgadura que le habían destinado, é hizo seña á un palafrenero de que la tuviese el estribo, rechazando la mano que Harry la ofrecía.

El grupo formado por los tres jinetes, era digno del pincel de un maestro, y hubiera ocupado honrosamente su lugar en la galería de un *sportman*.

La duquesa, asomada á una de las ventanas del salón, decía al reverendo Kimdale:

—Verdaderamente, no hay como las parisienses para saberse vestir. Se presentan bien con cualquier cosa. ¿Os habéis fijado en la suprema elegancia de la señorita de Montaigu?

El vicario no respondió, pero dijo para sí:

—Miss Catalina Krugerstein era más modesta en sus costumbres.

Cuando la cabalgata hubo desaparecido en una las sinuosidades del terreno, la duquesa se sumergió de nuevo en sus eternos ensueños, mientras que el excelente Kimdale se adormecía, dominado por el sopor de una digestión laboriosa.

Los jinetes atravesaron al salir del parque campos soberbios, en que los trigos y las avenas ondulaban, mecidos por una brisa tibia; pastos en que las vacas dormían la siesta sobre

una hierba de un verde opulento. Y á lo lejos las aguas de Aberfull formaban complicados espejismos, esmaltados de luminosas pajitas de oro y plata, bajo un sol de julio, que de seguro no alumbraba paisaje más hermoso.

Nubes de aves acuáticas pasaban con sus extraños cánticos por encima de las cabezas de los paseantes.

Tan solo Escocia ofrece á la mirada horizontes de tan pintoresca riqueza, y de una simetría tal, que podria jurarse que después de la creación, la mano de los grandes artistas humanos había ido allí á completar y perfeccionar la obra de Dios.

Hay en este privilegio una razon fácil de comprender.

En ninguna parte han permanecido sin división tan vastos dominios en las naciones civilizadas.

Suiza no posee ninguno. Francia no ha conservado más que algunos adonde el hacha de los demoledores y leñadores no tardará en llevar su devastación legal.

Tan solo Inglaterra, con su derecho inamovible y estable ha dividido su suelo en territorios espaciosos, que cada uno forma un Estado completo, con su capital de distrito, sus alquerías, sus aldeas y sus bosques, ricamente fomentados para mayor provecho de sus poseedores y en la forma artística que los

grandes señores se complacen en dar á sus residencias.

En medio de estos espléndidos aspectos, se habla poco, se curiosea poco; el silencio es impuesto por la admiración.

Juana y Harry se callaban. Tenían otras razones que la contemplación de la naturaleza para mostrarse reservados.

De tiempo en tiempo, Lucy trataba de dirigir algún cumplimiento á la destreza de la institutriz, que manejaba su cabalgura con una facilidad y una libertad admirables;

Después, hastiándose en una sociedad tan taciturna, a provechó la proximidad de una alquería semejante á una fortaleza, con torrecillas y palomar góticos, penetró bajo su arcada de granito, y haciendo seña á su hermano de que se reuniría á ellos en el bosque, desapareció.

Harry respiró.

XI

Tomó á la carrera el camino del bosque, y Perla, acostumbrada á seguir á su compañero de cuadra, le siguió sin que la joven pudiera contenerla.

Juana comprendía que era necesaria una explicación, y la prefería clara é inmediata. La gustaban las situaciones definidas y no era mujer que huyese de las dificultades.

Harry, inquieto é indeciso, no se atrevía á mirarla de frente.

Reflexionó un momento, atravesó senderos que se perdian en el bosque, pareció complacerse en perderse en un laberinto en que se hermana no pudiera encontrarles, y cuando creyó estar seguro de haberla despistado lo suficiente, volviéndose á la señorita Montaigu, cuyo rostro no revelaba ni temor ni emoción:

—Juana—la dijo,—¿cómo habéis consentido en venir á Glenmore?

—¿Qué razón hay que pudiera impedírmelo?

—Hay una muy suficiente para ello.

—¿Tendrías la bondad de decirme cuál es?

—Os la diré, aunque no creo que sea necesario.

—¡Nebuloso os mostrais!...

—Es que hay cosas que un caballero vacila

en decir aún á la mujer que ha merecido oirlas.

—No os violenteis; yo acepto siempre la responsabilidad de mis actos.

Y adoptando un tono altivo que la sentaba admirablemente:

—Yo soy de aquellas—dijo—con quienes puede permitirse todo...

—¿Convenís en ello?

—....Porque tienen las suficientes energías para defenderse.

Esta alusión hirió á Harry, que contestó sin vacilar y con amargura:

—¿Y os dedicais á completar la educación de las señoritas? ¿Las enseñáis también cómo deben conducirse con sus amantes?

—Ignoro lo que quereis decir.

—Quiero decir que teneis un amante en París...

—Exacto. Uno solo.

A esta respuesta, dada con gran tranquilidad, Harry, por un movimiento irreflexivo, detuvo bruscamente su caballo.

Esperaba una negativa, y esta confesión le intimidó. O Juana era de una audacia y de una perversidad poco comunes, ó se burlaba de él. La joven no ocultaba su ironía y quería excitar su cólera.

—Esta confesión, clara y terminante, os asombra—repuso la joven—y sin embargo es

muy natural. ¿A qué disimular una verdad de que vos estais más seguro que nadie?

—¿Por qué?

—Porque conoceis al amante de que hablais tanto mejor cuanto que...

—Terminad.

—Que ese amante sois vos.

Harry sonrió amargamente.

—Es verdad—dijo—si por amante se entiende al hombre neciamente enamorado de una coqueta que le desdeña, le tortura y le muestra á cada momento familiaridades con rivales más dichosos que él. ¡Os he amado con ardor, con locura, lo confieso! ¡Y he sufrido mucho por ese sentimiento que vuestros desprecios han matado!

—Mis faltas han sido ligeras—replicó Juana—y no me impedirán por lo tanto llevar la frente alta. Si os hubiera escuchado, ¿tendría el mismo derecho?

—No es de mí de quien os quería hablar.

—¿De quién, pues?

—De otros veinte á quienes es inútil nombrar.

—Muchos son; por qué no decís que eran mis amantes todos los que asistían á las reuniones de mi madrina?

—¿Y quién sabe si me equivocaría?

—Callad—dijo la institutriz encogiéndose de hombros;—me inspiráis lástima. La envidia

y los celos os ciegan, aquí como en París. La verdad es que no han sido las proposiciones de los demás las que me han hecho rechazar las vuestras.

—¿En qué os habéis fundado entonces para rechazarlas?

—En mi voluntad. Yo no me guío más que por ella. La sociedad no se ocupa por mucho tiempo de la caída de las jóvenes sin nombre y sin fortuna, y la mía hubiera pasado, si no inadvertida, al menos sin gran resonancia y sin escándalo. La duquesa de Rochemaure me hubiera borrado del número de sus protegidas, y todo hubiera concluído. ¿Y os hubiera agradado que todo eso ocurriese por vos?

La voz de Juana habia tomado una entonación provocativa y una dureza burlona. Parecía que experimentaba profunda alegría en la lucha que comenzaba y que quería excitar á su adversario y despojarle de la flema, más aparente que real, bajo la cual ocultaba su pasión.

Como se anima un caballo de batalla, atado lejos del lugar en que se combate, al son de la trompeta que toca á la carga, así parecía animarse ella. Como el duelista de los tiempos pasados, la joven arrojaba su guante al rostro del adversario que había elegido.

Se veía claramente que existia entre ambos una animosidad antigua, animosidad que estallaba en el instante en que la casualidad les había puesto frente á frente.

Harry permanecía aturdido por aquel ataque directo que le derrotaba. De acusador se había convertido en acusado.

Tuvo, pues, que limitarse á una prudente defensiva.

—Exageráis mis sentimientos—dijo.—Que me hayáis parecido linda y hasta maravillosamente bella, lo concedo; pero no os diría nada de nuevo si os afirmara que mi opinión es la de todos aquellos que se han aproximado á vos. Que estábais muy bien rodeada en casa de la duquesa, debéis de acordaros. Que yo os haya dejado entrever mi admiración, es posible. Que os haya dirigido cumplimientos sin límites, dicho algunas de esas mil insulseces que se dicen en las reuniones de sociedad y que son moneda corriente, con la cual se salda el placer que nos causa admirar la belleza, no lo niego. Y acaso también he tenido aspiraciones más prácticas que vos habréis rechazado. ¿Por qué no habéis hecho lo mismo con los demás adoradores vuestros?

—Os suplico—dijo Juana con tono glacial, —que preciséis, y que si tenéis alguna prueba, la presentéis.

—¡Pruebas! ¿Hay necesidad de pruebas entre nosotros? El señor de Mortcerf posee más que yo

Juana levantó los ojos sobre el joven y una carcajada nerviosa agitó su pecho.

—El conde de Mortcerf no se tomaría el trabajo de contestaros—replicó.—¿Por qué no nombráis al marqués de Riozarés, á Courcelles y á James Steward, vuestro hermano, y á todos los demás que asistían á la avenida de Friedland? Según vos, todos ellos han sido mis amantes. Pues bien, yo os digo que entre todos esos jóvenes, ricos, de gran nombre y de gran fortuna, que me han considerado como amiga y tratado con las atenciones y delicadezas que les sugería su carácter y mi posición, tan sólo uno me ha faltado al respeto, tan sólo uno se ha acercado á murmurar á mi oido palabras que me avergonzaría repetir y de las cuales no quiero ni acordarme. Sus vergonzosas proposiciones sublevaban mi corazón y ponían en mi frente una nube de vergüenza; pero aun sublevándome contra tanta audacia, casi le perdonaba, al pensar que existía algo de amor en sus instancias y de pasión en su tímida bestialidad. Le creía celoso...

—Y teníais razón—murmuró Harry, bajando la cabeza.

—Tened, pues, el orgullo de la franqueza—continuó la institutriz.—Quien dice celoso, dice desgraciado, y yo he estado tentada á compadecerme del dolor del hombre que sufría por mí. Cuando se trata de asuntos del corazón, las

mujeres ven más claro que vos creéis. Nada escapa á su penetración: leen la pasión de un amante, á través de los disimulos de su rostro, con igual facilidad que los carteles puestos en las esquinas en medio del día. Conocía, pues, vuestros sentimientos, Harry, mejor que si vos me los hubieseis manifestado con toda sinceridad. En lugar de tener en cuenta mi reserva, de perdonarme y de defenderme, puesto que no tenía quien me protegiera, me habéis tomado aversión, me odiáis. Estáis en vuestro derecho. Usad de él, si os place; ¡pero... por Dios, sed noble, y no me calumniéis!...

———